

Ingrata tarea la de establecer un nuevo canon, aunque sea de manera involuntaria. Cuando este libro apareció en la Argentina, en agosto de 2005, no era ésa su intención. ¿Quién podría, acaso, decidir de un día para otro qué es lo que va a llamarse «nueva narrativa argentina», rotular textos y autores, compilarlos en un libro, sentarse a descansar y pretender que el público y la crítica reciban esa selección con complacencia? No existen tales operaciones de mercado, y los movimientos y las generaciones literarias se conforman al margen y pesar de ellas, contrariamente a lo que suele creerse.

Lo que sí buscaba esta antología, allá por el 2005, era plantear un estado de situación —la dificultad a la que se enfrentaban los autores jóvenes para publicar sus textos de ficción—, armar un mapa de la nueva producción literaria argentina y, en el mejor de los casos, otorgarle a esos nombres visibilidad y circulación. Tal vez, con suerte, ponerlos en contacto con los lectores. Y también, o sobre todo, con sus propios colegas: armar un libro que se interrogara acerca de la existencia de una nueva generación literaria (¿La habría? ¿Cuáles serían sus nombres más representativos?) y pudiera vincular entre sí a escritores que, en gran parte, desconocían lo que estaban produciendo sus contemporáneos. Ésas eran las verdaderas aspiraciones de esta compilación.

Pero por fortuna este libro no pasó inadvertido, y rápidamente los ecos de su aparición (los análisis, los elogios, las críticas y por supuesto los ataques) se hicieron escuchar. Hubo quienes afirmaron que *La joven guardia* se convirtió en el primer libro verdaderamente leído y criticado en Internet. Otros empezaron a escribir acerca de la «nueva narrativa argentina» (o su abreviación, NNA), y muchos establecieron una sinonimia entre el título de este volumen y la generación de escritores argentinos nacidos en la década de 1970. Eduardo Antín (Quintín), hasta entonces uno de los críticos de cine más conocido de la Argentina, debutó en la crítica literaria con una extensa reseña del libro publicada por episodios en la web.* La revista *Rolling Stone* lo señaló como uno de los diez libros imprescindibles de aquel año. Cuando en 2007 se reunió en Bogotá, Colombia, a los 39 escritores de ficción menores de 39 años más relevantes de América Latina (bajo la denominación «Bogotá 39»), dos de los tres representantes argentinos (Gonzalo Garcés y Pedro Mairal) formaban parte de esta antología.

Meses más tarde, el escritor Tomás Eloy Martínez publicó un extenso artículo en la tapa de *ADN*, la revista cultural del diario *La Nación*, presentando a nueve promisorios escritores jóvenes: los nueve integran *La joven guardia*.** Finalmente, siguiendo el modelo grupal, dos de los participantes del volumen (Diego Grillo Trubba y Juan Terranova) compilaron y publicaron a su vez sus propias antologías temáticas —sobre

* Eduardo Antín (Quintín), «20 x 35, Modelo para desarmar», en *Los trabajos prácticos* (www.bonk.com.ar/tp), Buenos Aires, 7 de septiembre de 2005 (y siguientes).

** Tomás Eloy Martínez, «La Argentina y los escritores que vienen», en *ADN Cultura*, diario *La Nación*, Buenos Aires, 8 de marzo de 2008.

sexo, crímenes, los barrios de la Ciudad de Buenos Aires, etcétera—* en otros sellos editoriales, donde se repitieron muchos de los nombres que habían estado presentes en *La joven guardia*. Así las cosas, podría afirmarse que este libro cumplió con sus módicos propósitos iniciales.

Pero eso sería mirar apenas un fragmento de la fotografía. Lo cierto es que *La joven guardia* fue al mismo tiempo impulsada por una serie de movimientos simultáneos que estaban transformando la hasta entonces aletargada escena literaria argentina. Desde principios de 2006, las antologías de cuentos colectivos fueron sólo una arista visible de un fenómeno que las excedió, y que logró aportar nuevos nombres a un corpus literario cristalizado años atrás —y que, además, cumplió la tarea de revitalizar la difusión del género cuento en la Argentina, relegado por editores y editoriales en pos de la publicación de novelas, aparentemente más susceptibles de ser comercializadas con éxito—. ¿Cuáles eran esos movimientos, esas transformaciones? Por un lado, la proliferación y el auge que protagonizaron luego de la crisis socioeconómica del 2001 (y de algunas de sus consecuencias, como la devaluación de la moneda nacional, que hizo que editar libros volviera a ser un negocio rentable para los argentinos) las editoriales independientes. Estos sellos, en su mayoría pequeños y medianos, se hicieron cargo de una tarea que las grandes editoriales habían preferido, como Bartleby, no llevar a cabo: poner en circulación la obra de autores noveles, jóvenes o raros. Por el otro, y tal vez incluso

* *En celo* (Mondadori, 2006), *In fraganti* (Mondadori, 2007) y *Uno a uno* (Mondadori, 2008), antologías a cargo de Grillo Trubba; y *Buenos Aires / Escala 1:1. Los barrios por sus escritores* (Entropía, 2007), a cargo de Terranova.

por razones complementarias, en grandes ciudades como Buenos Aires, Córdoba y Rosario se conformó una escena social —espontánea y en gran medida autogestionada— que volvió a poner de moda las lecturas, las *performances* y las presentaciones de libros de narrativa. Y así, los escritores volvieron a ocupar un espacio público del cual se habían alejado por décadas.

Conformada la novedad, muchos quisieron entonces ver qué rasgos o experiencias en común podían rastrearse en esta nueva generación de autores —aunque el propio término generación haya sido y sea resistido por gran parte de los escritores seleccionados, con buenas razones—. Se habló de la asimilación sin conflictos de la tradición literaria argentina; de la prescindencia de la necesidad de ejercer el parricidio (tal vez el gesto más habitual de inserción en el campo literario); de que los conflictos históricos que influían directamente sobre ella no eran ni la Guerra de Malvinas ni la dictadura militar argentina (1976-1983), sino la crisis de 2001; se mencionó a Internet y sobre todo a los blogs como plataforma de trabajo, publicación, comunicación y divulgación de sus obras. La crítica literaria Elsa Drucaroff advirtió, incluso, una «entonación propia»: «La entonación es eso que más conecta el lenguaje con las vísceras, el cuerpo, el contexto inmediato, la valoración o actitud ante lo que nos rodea. [...] La narrativa anterior entona grito, acusación, proclama, denuncia, reflexión, explicación sesuda; si bromea, es con un fin serio [...] La nueva se toma menos en serio. Predomina la socarronería, una semisonrisa que puede llegar a carcajada o apenas sobrevolar, pero señala siempre una distancia que no se desea recorrer: la que llevaría a tomarse demasiado en serio. Si algo sabe la literatura que se gestó al calor de esta Argentina es mirar críticamente, pero conoce en carne propia la impotencia de la crítica. Su

lucidez sólo puede ser oscura; casi sin eco social, le queda gozar con su sarcasmo, cinismo e ironía. El marcado interés de la NNA por lo bizarro es, en este contexto, apenas un modo profundo de realismo».*

Pero lo cierto es que las interpretaciones forman parte del (necesario) trabajo de lectura posterior de la crítica. Aquí sería más útil volver al prólogo que llevaba la primera edición del libro y mencionar brevemente cómo fue el proceso de elaboración de la antología. Las condiciones de participación y los criterios de selección fueron precisos: haber nacido en la Argentina a partir de 1970 (es decir, contar como máximo con 35 años a la fecha de aparición del libro); tener al menos una obra publicada o en proceso de publicación; y, sobre cada una de ellas, la fundamental: sin distinción de corrientes, escuelas, programas ni estilos, que los textos tuvieran una evidente calidad literaria. Así se llegó a la lista definitiva de veinte nombres: escritores y escritoras formados durante los noventa, profesores, críticos, periodistas, editores, correctores de pruebas y diseñadores de páginas web, que escriben pese a todo y que, quizá a diferencia de sus antecesores, se encargan también de crear las condiciones (mediante blogs, revistas, trabajos críticos y presentaciones en vivo) para el surgimiento de un nuevo público lector que reciba sus obras.

Una última aclaración: quien lea atentamente el índice de este libro notará que ya no son veinte los autores presentados, sino veintitrés. Al listado original se le añadieron los nombres de Félix Bruzzone (1976), Iosi Havilio (1974) y Andrés Neuman (1977), escritores que faltaban por entonces y que una actualización de

* Elsa Drucaroff, «Nueva narrativa argentina. Relatos de los que no se la creen», en el suplemento *Cultura* del diario *Perfil*, Buenos Aires, 19 de agosto de 2007.

este trabajo no podía dejar de lado, a la luz de las ficciones que han venido publicando. De más está decir que lo incompleto es condición constituyente de un trabajo como éste, que no pretende agotar un campo inquieto y en permanente reformulación como el literario. Borges solía decir que se publicaba para dejar de corregir. Y este libro debía publicarse, en algún momento, fuera de la Argentina.

MAXIMILIANO TOMAS

Buenos Aires, octubre de 2008